

## CAPÍTULO I

### CÓMO BURKE SE INFILTRÓ EN MI VIDA ACADÉMICA

Pertenezco a una generación que fue educada en un ambiente de admiración por la Revolución Francesa—sobre todo por la primera fase de ellas, dominada por el espíritu de Montesquieu y de Voltaire y por el liberalismo de la *Encyclopédie*, o sea, la fase que después de varias aventuras llevaría hacia el triunfo del liberalismo burgués y, recientemente, hacia la apoteosis orquestada en do mayor por Fukuyama.<sup>7</sup>

En el sistema educacional de Holanda y Suiza, nos inculcaron mucho menos simpatía por la segunda fase de aquella Revolución, dominada por Rousseau,<sup>8</sup> cuyo pensamiento—a menudo tan contradictorio y poli-interpretable—ofrecía puntos de partida para los subsecuentes totalitarismos, que a menudo pudieron adornarse con aureolas robadas a Juan Jacobo.

Supe de Edmundo Burke que, como contemporáneo de la Revolución Francesa, inclusive durante la fase todavía liberal

<sup>7</sup> Las referencias a la “Revolución Francesa” fácilmente despistan: no se trata de un solo concepto, sino de un desarrollo que desde 1789 hasta 1799 cuenta con diversas fases, cada una dominada por otra ideología, otra forma de *political correctness*.

<sup>8</sup> Rousseau colaboró con la Enciclopedia, pero no sólo mediante contribuciones politológicas (de las cuales conozca sólo una que realmente merece nuestra atención), sino, además, mediante voces musicológicas, ya que profesionalmente Juan Jacobo era copista de notas y compositor (de gran talento para la melodía pegajosa; el rey Luis Felipe escandalizaba a sus familiares por el hecho de cantar en la tina del baño melodías del revolucionario Rousseau).

de este gran evento, o sea en 1790,<sup>9</sup> había escrito una obra fanáticamente contrarrevolucionaria (sus famosas *Reflections on the Revolution in France*, de 1791 —obra disponible en muchas ediciones, a menudo comentadas, a través de dos siglos—).<sup>10</sup> También supe que esta actitud de Burke fue todavía agravada por sus exasperadas “cartas contra una paz regicida”, de manera que sospeché en él un enamorado del *Ancien Régime*, de manera que en mis lejanos años mozos no sentí impulsos especiales para leer a este autor.<sup>11</sup>

La primera vez que algo me hizo sospechar que Burke era distinto de lo que me había imaginado, y mucho más interesante, fue cuando uno de los ídolos de mi juventud, el neoliberal Wilhelm Röepke, mencionaba con obvia aprobación ciertas observaciones de Burke, circunstancia que no correspondía a la reputación de “reaccionario” y terco defensor del *statu quo* social, como Burke había sido en opinión de algunos de sus detractores —no sólo Marx, sino inclusive un *grand seigneur* de la politología moderna como Isaiah Berlin.<sup>12</sup>

9 Era un mérito especial de Burke haber previsto todavía durante la fase liberal de la Revolución francesa el ambiente de terror a que ésta pronto llevaría (sus pesimistas *Reflexiones...* fueron publicadas a fines de 1790).

10 Toma la forma de una carta dirigida a un “caballero muy joven, en París” y su contenido es bastante asistemático; pero el lector encuentra a cada rato una buena formulación, una sugerencia interesante o un dato valioso (y a veces alguna frase chocante),

11 Una reacción mía, muy juvenil e irrazonable: si sentimos inclinación hacia cierta ideología debemos precisamente leer obras que la critiquen. Como dice Burke: “el que lucha con nosotros fortalece nuestra musculatura y agudiza nuestra habilidad: nuestro antagonista es nuestro aliado” (*Reflexiones sobre la Revolución en Francia*). Por esta razón, los renegados suelen ser tan hábiles en la defensa de sus nuevas ideas. Cuando el secretario particular del arzobispo de París, el brillante Renan, perdió la fe y se hizo el “Papa de los ateos”, el arzobispo observó muy filosóficamente: “tal es la fuerza de la teología, que sólo ella puede hacer a los grandes ateos”. *Mutatis mutandis*, algo semejante podría decirse de cualquier ideólogo: hay que conocer muy bien el pensamiento del adversario, para poder refutar sus argumentos.

12 Sobre la cuestión de si en la actualidad neoliberal todavía está justificado calificar a Burke de “reaccionario”, uno puede consultar la correspondencia entre

Estas citas que Röpke hizo de Burke hubieran debido impulsarme desde entonces hacia una incursión en el mundo burkiano, naturalmente; pero uno siempre tiene tanto que hacer...

El aprovechamiento que hicieron de Burke ciertos autores anticomunistas de la larga época de la “guerra fría” parecía confirmar la actitud conservadora de este autor, pero luego, en estos últimos años, la “correctitud política” en todo el occidente parece exigirnos convicciones neoliberales, y es precisamente en esta época que encuentro una creciente oleada de referencias elogiosas a Burke en obras y ensayos de autores que comparten la posición, a la vez antisocialista y anticonservadora que caracterizan al neoliberalismo. También encontré referencias a Burke, de espíritu moderno y siempre interesantes, en la cúspide de la prensa diaria norteamericana, como en el *Wallstreet Journal*<sup>13</sup> y el *New York Times*.<sup>14</sup>

Por lo tanto, durante mi estancia en la Universidad de Texas, en Austin, durante esta primavera, decidí localizar las diversas colecciones de sus discursos, cartas abiertas y ensayos, y las de su correspondencia privada,<sup>15</sup> para buscar allí las páginas más características.<sup>16</sup>

Conor Cruise O’Brien y Sir Isaiah Berlin, publicada en *The Great Melody*, del primero, University of Chicago Press, 1992, pp. 605-618, o el capítulo octavo del presente librito.

<sup>13</sup> Periódico que en sus excelentes editoriales a menudo hace ostentación de un moderno liberalismo, que al comienzo asombra a un observador que procede del extranjero y para el cual el *Wallstreet* es casi sinónimo de un descorazonado *shylockismo*.

<sup>14</sup> Periódico cuya ecuanimidad queda caracterizada por la declaración de su director general de no aceptar caricaturas políticas diarias, “ya que en un dibujo satírico no puede uno decir: ‘por otra parte...’ ”

<sup>15</sup> Ya hubo varias ediciones de esta correspondencia, pero ninguna tan completa y bien editada como la que cuidó Copeland, mencionada en el primer apéndice del presente estudio.

<sup>16</sup> En el primer apéndice de este libro, el lector encontrará unas sugerencias en cuanto a las páginas que me parecen recomendables para un próxima tanda de lecturas burkianas, en caso de que logre convencer al lector de la conveniencia de profundizar sus conocimientos sobre este politólogo.

Este autoencargo me resultó extraordinariamente fructífero, ya que Burke no es un politólogo abstracto, sino un pensador y observador que formula sus ideas al hilo de los problemas de la política práctica que lo circundaban, de manera que este estudio de Burke de paso me obligó a estudiar el ambiente político británico general de las últimas décadas del siglo XVIII, y esto, a su vez, vino a resucitar una antigua afición mía: la literatura inglesa; ya hace varios años, estimulado por el doctor Raúl Ortiz, había descubierto la excelente calidad del panorama literario inglés de aquella misma época, y la gracia de la máxima biografía producida por la cultura occidental, el famoso Boswell-Johnson. Además, como casi todos mis lectores, ya desde hace muchos años había estado apreciando la pintura y la ilustración —inclusive la caricatura—<sup>17</sup> inglesa de aquella fase; pero nunca había entrado con seriedad al análisis de la política interna y externa británicas de fines del siglo XVIII, de manera que estas horas de estudiar la atmósfera política alrededor de Burke vinieron a completar felizmente la imagen que me había formado de la multifacética y rica realidad británica de aquel entonces.

Además, tuve la suerte que precisamente durante mis meses texanos en la primavera de 1993, comenzaba a circular ampliamente en los Estados Unidos un libro extraordinario sobre Burke, del año anterior: *The Great Melody*, por Conor Cruise O'Brien,<sup>18</sup> que pronto comenzaba a dar lugar a eruditas reseñas en diversas publicaciones norteamericanas.

A través de estos ocho meses de lecturas burkianas comenzaba a revelármese un Burke muy distinto de lo que me había imaginado: un hombre caracterizado por una curiosa mezcla de respeto, bien razonado, hacia ciertas tradiciones en com-

<sup>17</sup> En 1989, la Tarlton Library de la University of Texas, en Austin, publicó mi *Squeezing History out of a Caricature*, un extenso análisis de una macabra caricatura política de Gillray, de 1787.

<sup>18</sup> University of Chicago Press, 1993, obra muy documentada y de agradable lectura, de unas 700 páginas.

binación con el reconocimiento de la necesidad de perpetuos cambios graduales en el cuerpo social; un político poseído por una profunda desconfianza de toda arbitrariedad de parte del poder, pero también imbuido de una bien arraigada aversión de todo utopismo cerebral o emocional. Además, encontré en Burke a un autor de excelente cultura clásica, que escribe admirablemente bien (aunque en ocasiones un poco más floridamente de lo que sería mi preferencia personal y cuyas frases a veces requieren de un peine), pero que, por otra parte, a menudo sorprende por una repentina veleidat<sup>19</sup> —tan contrastante con su fundamental realismo equilibrado, con sus propias recomendaciones de la moderación que se nos presenta a través de los diversos retratos —excelentes, que nos han llegado de él.<sup>20</sup> Pero gracias a esta contradicción uno comienza a sentir a un verdadero *Mensch* detrás de sus páginas, un intelectual con dudas y pasiones. Además, a veces uno encuentra que Burke no siempre estuvo definitivamente comprometido con sus —aparentemente firmes— opiniones de ayer, aunque sólo las cambió por razones bien meditadas (“es el derecho del intelectual cambiar de opinión”, aunque no simplemente por conveniencia o capricho).

Cuando encontré en Burke a un politólogo que estuvo en desacuerdo, en primer lugar, con la política rapaz de la compañía semipública que organizaba la India para los fines del Imperio británico y, de paso, en beneficio de sus accionistas y de la voracidad de sus empleados; en segundo lugar, con el etnocidio en la India en aras de la supuesta superioridad cultural y religiosa del occidente; en tercer lugar, con la

<sup>19</sup> Inclusive su actuación parlamentaria tuvo momentos de una desmedida y violencia, incompatible con el tradicional flema británico, y el tono general de moderación que caracterizaba la fase posterior a la Revolución de 1688.

<sup>20</sup> Varios especialistas consideran que este aspecto de Burke explica por qué, a pesar de sus buenas relaciones y su brillo reconocido, nunca pudo figurar en un gabinete de los wighs.

discriminación de los católicos en Irlanda (su patria chica), y, por último, con el intento inglés de sacrificar el bienestar de sus colonias americanas a la prosperidad de la Madre Patria, me preguntaba: ¿A qué debe Burke su reputación de ser el Papa del Conservadurismo? ¿O es, quizás, que yo mismo me he vuelto tan conservador que ya no me doy cuenta de los rasgos reaccionarios en el pensamiento de este autor?

Así, pronto me di cuenta de que esta forma de invertir mis horas de lectura era muy saludable, y durante estos meses de lectura y estudio inclusive estuvieron matizándose varios de mis propios conceptos, por ejemplo, los de “nación” o “élite”, introduciéndose en ellos una mayor dosis de realismo, pero también unos ecos del romanticismo (casi diría: “misticismo”) político al estilo de Adam Müller, e inclusive de Oswald Spengler. Estos reflejos, a pesar de mi tendencia básica hacia el racionalismo, eran resonancias gratas: en mi adolescencia había admirado a aquellos autores “románticos”, pese a sus exageraciones, y siempre se me había quedado la intuición de que ellos quizás no anduvieron despistados en todo. Así, ciertas elocuentes páginas “románticas” de Burke produjeron en mí la sensación de un *homecoming*, un retorno al hogar.

Al lado de tal romanticismo, en otras páginas me agradó precisamente el realismo de Burke, por ejemplo, en la manera de que este autor trata el tema de la relación entre sus partidos políticos y el público, o de los representantes con su electorado, o el valor positivo de muchos clisés, tradiciones y metáforas que penetran nuestra vida privada y pública como el agua una esponja, y que dan cierta estabilidad a la vida social, circundando la existencia privada de una ilusión falsa pero agradable de “comprender” la realidad.

Como resulta relativamente fácil encontrar en nuestras bibliotecas universitarias las obras principales de Burke,<sup>21</sup> y

<sup>21</sup> Las antiguas ediciones de sus obras completas (como *The Works of the Right Honorable Edmund Burke*, ed. Rivington, en 16 volúmenes, de 1803 y luego una

varias importantes monografías sobre él, decidí redactar el presente ensayo, que quizás anime a algunos lectores a colocar a Burke en el mapa de los autores relevantes para la evolución de las ideologías políticas, y que lo pondrán eventualmente en su agenda de futuras lecturas. Espero cordialmente que Burke les ayude a afinar su intuición respecto de los grandes temas fundamentales de la politología actual, como ha sido el caso de mi propio encuentro con Edmund Burke, y a encontrar el camino hacia cierto relativismo y desfanatización que ya predomina en la actitud moderna hacia la *religiosidad* individual de cada uno, pero cuya penetración en nuestras actitudes hacia las intuiciones *políticas* ajenas todavía deja mucho que desear.

edición de 1822-1827, o la londinense de 1852, en 8 volúmenes) ya son joyas bibliográficas, pero la edición de sus *Writings and Speeches* que se hizo en Boston, en 1901, de 12 volúmenes, y la edición de Oxford, en 6 volúmenes, de 1925-1930, son relativamente fáciles de encontrar en buenas bibliotecas universitarias de este continente. Además existen múltiples ediciones con antologías de sus escritos más famosos. *Las Reflexiones sobre la Revolución en Francia* han sido reeditadas muchas veces, en diversos idiomas, a menudo con interesantes introducciones. También de su correspondencia existen antologías, además de la gran edición mencionada en el primer apéndice de este estudio (en el siglo XVIII, la correspondencia había alcanzado el nivel de un refinado género literario).